

**CUARTO SEMINARIO PERMANENTE DE DISCUSIÓN SOBRE LAS
POLÍTICAS DE CIENCIA, TECNOLOGÍA
E INNOVACIÓN EN MÉXICO**

**RECURSOS HUMANOS PARA LA CIENCIA, LA TECNOLOGÍA
Y LA INNOVACIÓN**

**Dr. Manuel Gil Antón
UAM**

Panel II: La movilidad nacional e internacional de los recursos humanos

¿Y si cambiamos las preguntas?

Los avances en materia de conocimiento no se deben a la acumulación de nuevos datos o mejores observaciones, sino a la capacidad de reformular las preguntas que han dado lugar a respuestas insatisfactorias en cierta medida, y esto implica, ya sea de manera inmediata o mediata, la construcción de otro mirador teórico: es el caso de Newton con respecto a la teoría del movimiento de Aristóteles –pasar de **¿qué** es el movimiento? a **¿cómo** se mueven los objetos? La primera tiende a una solución de corte esencialista, mientras que la newtoniana dirige la indagación a conjeturas refutables, esto es, plausibles de poner en correspondencia con los fenómenos teóricamente contruidos: observables.

Desde hace años, los científicos mexicanos interesados en el desarrollo de la ciencia en México, han insistido en preguntar del mismo modo obteniendo, creo, respuestas muy reiteradas y, en cierto modo, poco fértiles: ¿Por qué no atraemos a los estudiantes que se van a estudiar a otras partes del mundo? ¿Por qué no regresan? ¿Qué podemos hacer para que retornen y fortalezcan la ciencia nacional?

Cuidado con las palabras: no son triviales

Mi contribución a esta mesa redonda se ubicará en el intento de modificar las preguntas y explorar – y exponer a la crítica de los integrantes del Foro – un cambio en la escala de observación y varias consecuencias. Intenta refrescar la mirada a un tema ya trillado.

Inicio con una cuestión central para nosotros, que hemos hecho de la actividad científica forma de vida: la precisión conceptual y el cuidado con los términos.

Permítanme poner un ejemplo proveniente de la sociología de la educación: cuando los planificadores del sistema o de las instituciones restaban los estudiantes que seguían activos de los que habían iniciado un ciclo, al sustraendo lo calificaban como el conjunto de los DESERTORES. Desertar proviene de la milicia, y se aplica a un soldado que por falta de valor, elude las órdenes y se retira – por cobarde – del campo de batalla: suele ser castigado este delito con el fusilamiento. ¿De verdad los muchachos que dejan la escuela, o la universidad, son bien comprendidos bajo este concepto – más bien un epíteto, un adjetivo (des) calificativo? No, a mi juicio, ni al de Vincent Tinto, que en un ejemplar estudio rechaza el término por razones fundadas:

- Varios que ya no están en una lista originaria, no se han ido de la escuela: se han cambiado de institución o programa.
- Otros han dejado los estudios por razones económicas, ya sea porque en su casa se requieren sus ingresos, o porque a la muerte del padre o la madre tienen que asumir responsabilidades que impiden que sigan estudiando.
- Y otros, bastantes, no se han ido, sino que han sido echados de la escuela dada su mediocridad, su incapacidad para generar ambientes estimulantes, su inoperancia en la conducción del pasaje de un ciclo a otro; es decir, han sido expulsados – informalmente – del ámbito escolar.

Por ello propone que a lo que se llamaba deserción, se le denomine, con más precisión, **abandono escolar** y se comprenda como un asunto multifactorial. A mi juicio, tiene mucha razón, y la precisión conceptual es crucial: no es lo mismo ser un desertor, con toda la carga peyorativa que implica, que una persona que ha abandonado la escuela o se ha movido a otro plantel o sector del sistema.

Lo mismo ocurre, creo, con el término más usado para el asunto del retorno de los estudiantes que se van del país a realizar estudios de posgrado y no regresan: se les intenta **REPATRIAR**, y de este modo se llama a los programas que procuran su ubicación en instituciones nacionales.

¿Repatriados? ¿Acaso son apátridas, tránsfugas, prófugos, desertores de su compromiso con la Patria, especie de *Masiosares* que han traicionado al país, fugitivos, *juídos* como se dice en el lenguaje popular?

Mi primera contribución es ésta: provocar una reflexión sobre nuestros términos y las concepciones que implican frente a este fenómeno, sin duda mucho más complejo que el que deriva de un acto moralmente punible o de nuestra incapacidad ancestral por ser atractivos para ellos, como si fuese un dato genético.

La escala de observación hace al fenómeno, y nuestros prejuicios también

Los que saben de epistemología han acuñado la frase anterior: la parte de los prejuicios no, pero creo que se puede añadir sin problema lógico.

Veamos: la ciencia se caracteriza por ser una actividad que tiende al universalismo, al escepticismo organizado y al comunalismo en la clásica definición típica ideal de Merton. ¿Qué hay de raro en que existan polos de atracción muy fuertes para continuar con el desarrollo del conocimiento avanzado? Lo fueron Bolonia y París, por mencionar dos universidades primigenias en Occidente; lo habrá sido Grecia y antes Mesopotamia.

No estamos ante un fenómeno nuevo, y además el azar y las tragedias también juegan en este asunto: ¿sería la misma la ciencia mexicana sin el nutriente de los exiliados españoles por la Guerra Civil? ¿O sin el aporte de los colegas del cono sur cuando huyeron de las dictaduras en sus países? ¿Lo sería, de igual manera, la ciencia norteamericana, sin el proceso de recepción de miles de sabios que huían de la amenaza antisemita, y asesina de la inteligencia, de Hitler?

La movilidad ha sido norma, no excepción, en las comunidades científicas del mundo, ya sea de jóvenes o maduros investigadores o sabios. Y si consideramos la importancia del actual mercado de talento a nivel mundial, no me parece extraño que se presente en nuestro país.

Por otro lado, Burton Clark ha señalado que todo académico está cruzado por dos fuerzas antagónicas: una, centrípeta, lo jala a permanecer en su institución y país, pero la otra, que deriva de su afiliación disciplinaria, es centrífuga y lo conduce a buscar sus pares en donde quiera que estén.

Si advertimos que una cierta proporción de los estudiantes de posgrado que México envía al extranjero luego no vuelven al país, y se quedan en Extranjería, antes de calificarlos como fugitivos, podemos preguntar, como a Weber le gustaba: ¿Por qué es así y no de otra manera?

Por un lado, es preciso advertir que hay atractivos muy fuertes allende las fronteras:

- Las condiciones para el trabajo de investigación o innovación tecnológica son muy dispares entre nuestro país y la Unión Europea, los Estados Unidos u otras partes, donde realizaron sus estudios.
- En México, no son abundantes los espacios para el trabajo de personas con formación de alto nivel, ni en la esfera de la economía ni en el mercado académico. La economía actual no requiere, de manera significativa, de la aplicación del saber avanzado como fuerza dinamizadora, y el mercado académico está bastante saturado por falta

de sistema de retiro digno y la inexplicable ausencia de programas de atracción a los jóvenes talentos, formados allá o en nuestra tierra.

- En general, se afirma que se trata de un problema de plazas y de salarios no competitivos, y en parte, sólo en parte, los es, pero no debemos olvidar que no sólo de pan vive el hombre: ¿cuál es el sistema de reconocimientos que hemos organizado para su retorno en condiciones de alta estima social en el terreno de lo simbólico? Y, además, ¿contarían, acá, con la infraestructura que requiere su trabajo?

Así las cosas, no estamos ante tráfugas de la cortina de nopal sino ante un problema mucho más complejo e interesante.

Aprender de los estudios sobre migración

Los colegas que estudian los procesos migratorios han mostrado que, poco a poco, la migración ha dejado de ser una aventura individual, llena de riesgos, al norte del río Bravo, para convertirse en el tejido asombroso de una red. El pionero se la jugó, pero luego, con base en el reconocimiento a su trabajo, ha logrado el interés de sus patrones por contar con gente tan trabajadora y valiente como él, y ha jalado a su cuñado, a su hermano, a sus hijos. Más aún, se sabe que en pleno Chicago, creo, los compatriotas de Oaxaca se han integrado de manera extraordinaria a la vida norteamericana, pero mantienen sus tradiciones en un mestizaje maravilloso.

¿Por qué no, en lugar de pensar que los estudiantes ya graduados que se han quedado en plazas académicas en los Estados Unidos son traidores a la patria, los concebimos como nodos de redes que, con el tiempo, abrirán puertas a otros compatriotas para hacer estudios allá? ¿Tenemos evidencia de si sus indagaciones han abandonado el caso mexicano o temas de relevancia para la especie? El caso de Mario Molina es un ejemplo. Creo que está más vinculado con los problemas de la atmósfera en general, y de nuestro aire cotidiano que muchos que regresaron a hacer cuestiones triviales a nuestras casas de estudio. Si se integran a comunidades, a esos Colegios Invisibles de los que está llena la literatura de la historia de la ciencia moderna, internacionales, pueden ser referentes para el crecimiento de las redes de trabajo intelectual en México.

En síntesis, propongo otra manera de mirar este fenómeno: pasar de considerarlo un problema cuasi moral, a la posibilidad de entenderlo en un mundo en que la migración es un dato duro y concebirlo como una oportunidad de fortalecimiento de nuestra propia comunidad científica, aunque no resida en México.

Intentar, a toda costa, retenerlos, atraerlos, sustraerlos es como si el objetivo fuese amarrarlos a un sitio específico, como si fueran parte del inventario, como un escritorio fijo.

Vincularnos con ellos, conocerlos, invitarlos a tener una relación con sus pares en México es una alternativa que no hemos ensayado. Creo que vale la pena.

¿Dónde está la causa?

No regresan, los programas de “repatriación” no funcionan, son tercicos en quedarse allá, a pesar de que el país los necesita. Pues bien, si el país los necesita no es preciso hacerlos volver para que no puedan desarrollarse dado el siguiente dilema:

Si la causa de la causa, es causa de lo causado, como afirman los juristas, es menester entender bien la dirección de la relación causal. Es común encontrar en México la siguiente frase, en su comunidad científica:

“México es un país subdesarrollado porque su ciencia es subdesarrollada”.

No comparto esta formulación pues estimo que confunde la dirección predominante en el fenómeno causal que pretende explicar.

A mi juicio, la ciencia mexicana es frágil pues México es un país subdesarrollado en el que el conocimiento avanzado, y muy especializado, no es factor de desarrollo económico, social ni político. Aquí veo bien ordenada la predominancia de la causa.

De esto no se sigue que no sea necesario seguir formando a nuestros jóvenes talentosos, pero tomando en cuenta, a la vez, su más sólida formación –en los posgrados nacionales que tenemos estupendos, o en los del extranjero que sean buenos– y, al mismo tiempo, empujando un modelo de desarrollo social, económico, productivo y equitativo que requiera, cada vez más, conocimiento de punta como fuerza productiva, liberadora y constructora de una ciudadanía cada vez más crítica e informada.

Ya lo decía Passeron en los años sesenta, al trabajar con Bourdieu el tema de la reproducción de la desigualdad que ocurre en la escuela:

“La escuela –si trabaja bien– puede hacer que el hijo de un obrero sea un extraordinario gerente; pero lo que no puede hacer la escuela es el puesto de gerente: esto le corresponde a la economía”. (Cito de memoria)

La paráfrasis posible es la siguiente: la comunidad científica nacional e internacional puede hacer que el hijo de un futbolista cubano, cuasi analfabeta, oriundo de Narvarte sea un doctor razonable en lo que estudia; lo que no puede hacer la comunidad científica nacional es el sitio laboral y social en que este nuevo –hipotético– doctor aporte su saber al enriquecimiento cultural y material

de México: eso es cuestión de la economía, esto es, de un modelo de desarrollo incluyente, que elimine la vergonzosa desigualdad que nos ahoga y permita no sólo su estancia o vinculación, sino la reproducción ampliada de sus condiciones de posibilidad en el futuro.

En síntesis: ¿por qué no exploramos, a través de un estudio compartido entre el Foro y el CONACYT, las posibilidades de vinculación productiva académica con los muchachos que se han quedado a trabajar en otros lares?

Me parece mejor destino para nuestros empeños que seguir repitiendo, hasta el cansancio, que tenemos un problema y reiterando nuestra incapacidad de resolverlo.

Planear mejor las cosas no estaría nada mal; seguir incrementando el número de especialistas es imprescindible porque, en este mundo, uno nunca sabe cuándo va a llegar la oportunidad de que dejen el taxi, las plazas de prepa o la atención a una botica y se incorporen a una fuerte corriente de expertos que enderecen el entuerto en que nuestro país vive. Tenemos, creo, una mucho mejor sociedad en general, y un sector muy sano en la comunidad científica, que la clase política que nos atenaza.

Hay, pues, lugar al optimismo si cambiamos las preguntas, cuidamos los conceptos y nos abrimos a estudiar lo que no sabemos antes de hacer propuestas: no se trata de estudios larguísimos; con un poco de empeño podríamos saber cosas que nos permitirían mejores propuestas, más fundadas o, al menos, no fincadas en el prejuicio o en los ya tan manidos lugares comunes.

Muchas gracias por su atención.